

***EXPERIENCIA DE LECTURA(S), ESCRITURA Y VIDA EN LOS DIARIOS DE  
UNA JOVEN ARGENTINA DE LOS AÑOS 60***

***EXPERIENCIE OF READING(S), WRITING AND LIFE IN THE DIARIES OF  
AN ARGENTINE YOUNG GIRL OF THE 60s***

**Resumen**

El trabajo explora los cuatro cuadernos de diarios que llevó María Adela Reyna Lloveras (1947-1978) durante su adolescencia y antes de ingresar, casi simultáneamente, a la carrera de Letras Modernas (UNC) y a la organización Montoneros. Los diarios, que van de 1960 a 1966 registran inicialmente las experiencias cotidianas en el espacio doméstico –el espacio íntimo del cuarto donde la escritura sucede– y en el espacio escolar donde esa escritura se socializa y se sustrae a su carácter privado. Pero con el correr del tiempo –y con el inicio de una relación amorosa que se anuda a la militancia posterior– la escritura se vuelve registro, por un lado, de las lecturas que realiza María Adela; por otro, de la experiencia amorosa y los afectos que esta moviliza. A partir de ese momento (la iniciación amorosa), María Adela escribe y transcribe compulsivamente: las páginas de sus cuadernos se inundan de textos ajenos que ella hace propios por la doble práctica de leer y copiar (y a veces, de hurtar la firma de eso que es copiado). Su lectura y su escritura se tensionan: los mandatos de los libros didáctico-moralizantes impuestos por la formación cristiana procuran sujetar una forma del deseo que, en cambio, los textos literarios insuflan con fuerza casi performativa, moldeando y modelando los afectos que impone la experiencia de lo amoroso y que María Adela traslada a otra forma de escritura: el diario deviene recuento epistolar para decir la ausencia del ser amado. Una pregunta por la similitud o incluso el solapamiento entre la experiencia amorosa y la de la militancia pretende ser, si no respondida, al menos planteada en este recorrido.

**Palabras clave**

Archivo; lectura; escritura; literatura; afectos

## **Abstract**

The article explores the four diaries written by María Adela Reyna Lloveras (1947-1978) during her adolescence and before entering, almost simultaneously, the Literature career (UNC) and the organization Montoneros. The diaries, which cover since 1960 to 1966, register at the beginning the daily experiences in the domestic area –the intimate space of the room where the writing happens– and in the school area where that writing is socialized and loses its private status. But over time –and with the beginning of a love relationship that is going to be related with the later militancy– the writing becomes a register, on one hand, of the readings that María Adela does and, on the other hand, of her love experience and the emotions mobilised by that experience. From that moment (the start of her love life), María Adela writes and transcribes compulsively: the pages of her diaries are full of other people’s texts that she makes her own by the double practice of reading and copying (and sometimes, of stealing the signature of that she copied). Her reading and her writing are in tension: the obligations imposed by the didactic-moralizing books due to the Christian formation seek to lock up a desire that, instead, the literary texts encourage with an almost performative force, molding and modeling the affections that the loving experience imposes and that María Adela translates into another way of writing: the diary becomes an epistolar register in order to express the absence of the loved one. A question about the similarity or even the overlapping between the love experience and the one related to the militancy pretends to be, if not fully answered, at least posed in this article.

## **Key words**

Archive; Reading; Writing; Literature; Affection

## **1. Introducción: sobre la lectura y la vida**

Quisiera empezar esta introducción con una anécdota que ha referido Sylvia Molloy en *Citas de lectura*<sup>1</sup>, un libro en el que la autora recoge sus experiencias como lectora. En el capítulo titulado “Vivir las lecturas”, Molloy dice haber entendido, desde muy chica, a la lectura como un acto de posesión. Para ilustrar afirmación tan contundente, la autora se remonta a su infancia y al recuerdo de unas vacaciones pasadas en Córdoba que decide memorar con el uso del presente histórico:

Debo de tener unos diez u once años. Estoy leyendo una vida de Chopin para

niños. Veranea en el mismo lugar una familia con un chico más o menos de mi edad que creo recordar se llamaba Quique (...). Nos hacemos amigos, le cuento la vida de Chopin que acabo de leer, le encanta, comenzamos a actuarla. Yo soy a la vez directora del espectáculo y Chopin; toco el piano, toso y escupo sangre. Él es Liszt, toca el piano pero no tose ni escupe. (...) No teníamos quién hiciera de George Sand, mi hermana era demasiado chica y mi amigo de ese verano, a quien nunca más volví a ver, era hijo único. (Molloy, 2018, pp. 19-20)

Actuar la lectura es un juego que también parece haber practicado Silvia Iparraguirre que en *La vida invisible* –el nombre que le da a su libro, también publicado por Ampersand, para referir a la lectura– apunta:

Vivía lo que los libros me contaban, imaginaba escenas en las que participaba como heroína en un momento crucial: salvaba a los que estaban a punto de caer en un precipicio, rescataba prisioneros de una fortaleza, o descifraba para admiración de los científicos, la ubicación de una tumba faraónica. (...) La vida invisible era mil vidas y mientras mi exterior cumplía los ritos del colegio y las demandas de lo diurno; permanecían siempre a la espera, las posibilidades renovadas de un libro por abrir, de una vida secreta por vivir. (Iparraguirre, 2018, pp. 8-9)

Silvia Iparraguirre pone en suspenso la vida para vivir lo que lee, para llevar la lectura del lado de una vida (invisible). Silvia Molloy pone en suspenso la lectura para vivir eso que ha leído, para llevar lo leído del lado de la vida. Esta doble afirmación que tiene, acaso, la pretenciosa cadencia de un retruécano, demanda admitir una división entre lectura y vida (literatura y vida) que a menudo se traduce en una división entre adentro/afuera: lo que está adentro de los libros (la literatura) y lo que está afuera de ellos (la vida). Esta es dicotomía que Nicolás Garayalde ha cuestionado a partir de la lectura que hace de las reflexiones de Marcel Proust sobre la interrupción de la lectura. A partir de esas reflexiones, se pregunta Garayalde:

¿Es la lectura una interrupción de la vida? ¿Es la vida una interrupción de la lectura? ¿Hay una interrupción de la vida cuando se lee? ¿Hay una interrupción de la lectura cuando el mundo exterior –para emplear una polaridad entre lo externo y lo interno, entre el afuera y el adentro que no tardaremos en

cuestionar– impide la atención sobre el libro y obliga al lector a levantar la cabeza? (Garayalde, 2019,p.4)

Sin embargo, hay que admitir que esta divisoria de aguas entre lectura y vida sostiene muchas lecturas idealizadas de la lectura, del ejercicio de leer y del ejercicio de leer literatura, que se presenta como una práctica en todo mejor a aquella de vivir la vida. Al comienzo de *El centro de la tierra*, en un párrafo que asocia la vida a las demandas que los adultos imponen a la infancia y que al mismo tiempo morigera la separación entre literatura y vida, dice Jorge Monteleone:

... la vida misma y sus minúsculas necesidades diarias surgen como la interrupción de la lectura: la vida es aquello inoportuno que sucede para distraernos de lo que leemos. Podemos hilar fino: esa “vida” que interrumpe la lectura es la vida cotidiana de las acciones, los intercambios y la charlatanería que los adultos ocupan, pero no *toda la realidad*: no es, por ejemplo, la vida inherente a las cosas del mundo. Porque ellas no solo no interrumpen la lectura, sino que la intensifican. (Monteleone, 2018, p.17)

Al contrario, el borramiento de la división entre leer y vivir promueve muchas lecturas idealizadas de la vida, de esa vida que se deja llevar por lo leído, por la literatura: se vive lo que se lee. No Molloy que juega a actuar lo que lee y hace ficción con eso que no es (del todo) ficción (la biografía de Chopin): “leer era actuar y actuar era ser yo”, escribe (Molloy, 2018,p.19). No Iparraguirre que, sin apelar a la *performance*, juega a vivir lo que lee, a sabiendas de que esa es una vida otra, una vida invisible. Sí, en cambio, el Quijote. Y Madame Bovary. Ambos practican una lectura transgresiva que elude la separación entre literatura y vida traicionando así el pacto ficcional, haciendo visible lo invisible, vivible lo leído.

Pero, traer a colación dos personajes literarios, ¿no es acaso eludir también aquí el pacto ficcional? ¿Quién, en *la vida real* (la vida visible de los ritos escolares y las obligaciones que lamenta Monteleone) lee como el Quijote? ¿Quién, en *la vida real*, vive sus lecturas al estilo de Madame Bovary? En su recorrido por distintos episodios de la cultura francesa del siglo XVIII, Robert Darnton da cuenta de un ejemplo no literario de bovarismo *avant la lettre*. Tal el caso de Jean Ranson, un comerciante de La Rochelle que se fascina con la figura y, desde luego, con los libros de Jean-Jacques Rousseau<sup>2</sup>. El que llama especialmente su atención es *La nueva Eloísa*, una novela epistolar publicada en 1761 cuya lectura lo lleva a acomodar su

propia vida doméstica a las demandas de un texto ficcional. Aquí hay que decir que la lectura en clave bovarística que ensaya Ranson es, sin embargo, una lectura prevista por y para el texto y sugerida en el prólogo de *La nueva Eloísa*. A este respecto, Darnton advierte cómo, acorralado por el rechazo que años antes había manifestado tener por las “bellas letras” (rechazo del que dejó constancia en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* publicado en 1950 y que lo llevó a separarse de los *philosophes*), Rousseau ensaya un juego peligroso: en el prólogo de la novela se presenta como el editor de unas cartas que el lector deberá tener por auténticas. La ambigüedad con que lo hace amerita una cita: “Aunque aquí solo el título de editor tomo, yo propio he compuesto parte de este libro, y no lo disimulo. ¿Lo he hecho todo y no es más que una ficción esta correspondencia? ¿Qué os importa, cortesanos?” (Rousseau, 1836,p.XIX). A Ranson, en efecto, poco le importó. En una carta fechada el 12 de junio de 1777, y dirigida a Frederic-Samuel Osterwald (un suizo que había sido su maestro y que ahora había devenido editor), Ranson escribe lo siguiente:

Todo lo que *l'ami* Jean-Jacques ha escrito acerca de los deberes de los esposos y las esposas, de las madres y de los padres, me ha causado un profundo efecto y le confieso que me servirá como regla en cualquiera de esos estados que yo deba ocupar. (Darnton, 1984, p.238)

Según se desprende del resto de su correspondencia –que Darnton lee con la lupa minuciosa de la microhistoria–, Ranson cumplió su propósito al punto de procurar que sus hijos fueran alimentados exclusivamente con leche materna durante una primera y prolongada etapa de vida, y de ponerle Emile a uno de ellos, ya no por *La nueva Eloísa* sino, como es obvio, por el *Emilio, o de la educación* (1765).

Casi al final de su recorrido, Darnton afirma que ya no podemos leer como leyó Ranson. ¿Ya no podemos leer en esa clave que elude y elide el pacto ficcional para ensayar en la vida lo aprendido en la literatura? No estoy segura de que Darnton se refiera a eso. Pero, si así fuera, me gustaría proponer un ejemplo que, siendo más o menos contemporáneo, contradice esta afirmación y, quizás, instala otras preguntas.

El caso al que me refiero es el de María Adela Reyna Lloveras, una joven nacida en Córdoba el 2 de octubre de 1947 cuya (breve) trayectoria vital puede resumirse en pocos renglones: María Adela quedó huérfana de padre a los cuatro años y se crio con su madre. Cursó el secundario en el Colegio Jesús María, primero, y en el Colegio del Huerto, después. En 1970 se inscribió en la carrera de Letras

Modernas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba de la que llegó a cursar hasta tercer año. Por la misma época y a instancias de su novio y futuro marido, Guillermo Martínez Agüero, con el que tuvo dos hijos, comenzó a militar en Montoneros. Martínez Agüero fue detenido en Mendoza en octubre de 1974; ella, en octubre de 1976. Martínez Agüero pasó los años de dictadura en la cárcel: María Adela fue trasladada a Quinta de Funes donde fue asesinada en marzo de 1978. Su cuerpo junto con el de otros trece prisioneros<sup>3</sup> fue arrojado desde un avión a Bahía Sanborombón. Entre 1960 y 1968, es decir, durante casi toda su adolescencia y antes de la militancia, María Adela llevó un diario íntimo donde dejó registro de su cotidiano: los avatares de la vida doméstica, la escolaridad, el vínculo con los adultos y con los pares, la iniciación amorosa y también las lecturas y el modo como hizo esas lecturas que muchas veces transcribió extensamente. A algunas de ellas quisiera referirme en las páginas que siguen.

### **Leer y escribir**

El 9 de septiembre de 1966 –el mismo día que empieza a escribir su diario–, a las 10.30 de la noche, Adela anota: “Ya llegué y estoy por acostarme porque dentro de un ratito hay como todas las noches un programa de Vértice [Musical] y me gustaría oírlo en la cama” (APMARLL, D1, pp. 5-6)<sup>4</sup>. Como se ve, el registro de lo cotidiano y de lo íntimo que el diario impone se lleva a cabo en un espacio también íntimo: el dormitorio. Apenas dos o tres días más tarde, sin embargo, la locación es otra: el lunes 12 de septiembre, a las 8.20 de la mañana, María Adela apunta: “Estoy en el estudio de las medias pupilas, ya va a ser hora de ir a comer” (APMARLL, D1, p.20)<sup>5</sup>. Dos días más tarde, el miércoles 14, el espacio es otra vez el de la escuela: “Ahora estoy en clase con la imbécil y loca de la maestra que hace un rato nos ha dado un sermón de padre y señor mío. Yo estoy un poco. ¡Uh, por Júpiter! Acabo de ver que ahora la sermonea a Patricia así es que mejor dejo de escribir” (APMARLL, D1, pp. 21-22). La escritura fuera del ámbito privado pone en riesgo la intimidad y el secreto, no tanto por parte de los adultos como por parte de los pares. Esa misma noche, María Adela refiere en qué había acabado la aventura de llevar el diario a la escuela:

...resulta que era recreo (o más bien habían tocado la campana). Ya muchas chicas habían salido y la maestra estaba adentro del grado. (...) Y entonces Gloria por hacerme un chiste me quitó el diario y yo salí como una loca detrás de ella gritando a todo pulmón. (...) La señorita se enfureció y nos dijo que nos

llevaba a las dos con la madre superiora. (APMARLL, D1,p.23)

Pocos días después, la víctima de indiscreción es otra: “con Graciela le pescamos el otro día a Gloria en su diario algo no muy lindo. Decía que yo estaba hecha una antipática” (APMARLL, D1,p.31).

De estas citas me interesa menos la socialización de aquello que, habiendo sido escrito para sí, de pronto es revelado mediando o no la voluntad de su autora, cuanto la prueba que ellas ofrecen de una práctica extendida entre las jóvenes estudiantes de la década del '60 en Argentina: la escritura del diario íntimo. Me interesa también señalar que la popularidad del género, y con él, los usos y las maneras de la notación de lo íntimo y de lo íntimo femenino –esto es, cierto modo de comprender, percibir y poner en discurso la doble experiencia de la juventud y la femineidad–, parece haber estado signada por un texto que llegó a ser un *best-seller* mundial en la época: *Dar: el diario de Ana María*, del sacerdote y sociólogo francés Michel Quoist, gravita en la escritura de María Adela<sup>6</sup>.

Publicado en Francia en 1962, la primera edición en español –con traducción de Ramón María Sans Vila y censura del presbítero Dr. Antonio Briva– es del año siguiente. Sin ser de lectura obligatoria, *El diario...* era recomendado con insistencia por las educadoras laicas que acompañaban a las religiosas en la formación cívica y moral de las jóvenes de clase media de la época (en Córdoba, al menos). A este respecto, una ex-alumna del Colegio Jesús María, también estudiante de la época, recuerda:

Clases de formación ¿moral? ¿espiritual? No sé, en un colegio religioso alguien tenía que hablar de lo que algunas monjas no querían hablar (algunas no todas) para eso había algunas horas semanales, quizás era sólo una. Ese tiempo del horario de la escuela secundaria era para hablar, aunque en general para escuchar sobre virtudes y defectos que las buenas jovencitas debíamos abonar y desterrar (en el orden respectivo, no al revés). (...) Allí también se recomendaban lecturas, a veces era un pasaje bíblico, otras, alguna encíclica y algún que otro libro entre los que sólo puedo recordar el *Diario de Ana María* donde (...) una púber despliega los avatares corporales y sentimentales del tránsito hacia y por la adolescencia. El libro circulaba entre todas y se comentaba en clase y fuera de clase. Era un modelo para armar, a veces para copiar. Muchas chicas, inspiradas por la letra de Ana María, escribían su diario

(yo nunca pude hacerlo). (Vélez, Gisela, comunicación personal, 15 de marzo de 2017)

El derrotero de Ana María daba cuenta de la transformación, positiva, desde luego, de una joven que atravesaba la adolescencia y que, gracias al conocimiento del Evangelio, pasaba de ser “egoísta, vaga, sensible, nada piadosa” a mostrarse “entusiasta, entregada, amiga del Evangelio, simpática”, según prometía el prólogo de la edición española firmado por el propio traductor (Sans Vila en Quoist, 1963,p.9). El mismo prólogo alentaba una operación de lectura en clave identificatoria: “También vosotras podríais llegar adonde ella” (Sans Vila en Quoist, 1963,p.9). Esa operación se sostenía en un pacto de lectura que eludía o cuanto menos burlaba el contrato ficcional: “Si lo leéis a lo ‘novela rosa’, después coged otra vez el libro y releedlo despacio”(Sans Vila en Quoist, 1963,p.9). A la manera de Rousseau en el prólogo a *La Nueva Eloísa* –y como suele ser habitual en los textos didáctico-moralizantes–, el *Diario de Ana María* proponía, en cambio, una lectura en clave realista: “Y no digáis que Ana María es una excepción, porque *Ana María es el resumen de diecisiete diarios de chicas*. Fijaos: no uno, sino diecisiete”, e insistía con la identificación: “Es claro que tú *podrías ser la Ana María número dieciocho*” (Sans Vila en Quoist, 1963,pp. 10-9, subrayado en el original).

El mandato moralizante de Sans Vila llegaba a sugerir otras prácticas (a partir) de la lectura: reflexionar sobre el texto, anotarlo en los márgenes, comentarlo con los pares y, finalmente, escribir uno propio valiéndose de los tópicos que proponía Ana María y que eran, después de todo, los que quitaban el sueño a las lectoras de todo el mundo: “sensibilidad, autoafirmación, relaciones padres-hijas, amistad, fe, chicos, confesión, *flirt*, misa, amor, diversiones, religión, noviazgo, etc.” (Sans Vila en Quoist, 1963,p.12). Ninguno de ellos falta en el diario desde luego no ficcional de María Adela. De ello podría deducirse el acierto del autor para intuir una sensibilidad femenina que se presenta como universal y que le da a Ana María el valor de una metonimia:

Ana María existe. Lo sabéis de sobra. Pero no vayáis a El Havre que no la encontraréis. Tal vez sí en Munich, Charleroi, Mesina o Upsala. Y no una, sino muchas. Serán Ana Marías con hermano o sin él, con reválida o no. Es igual. A vosotras no os interesan estos detalles. Os interesa la verdad de Ana María. Y esta es universal. (Sans Vila, en Quoist, 1963,p.7)

Sin embargo, y puesta a hacer un análisis del lado de la recepción antes que

del lado de la producción de ese texto, lo que me parece advertir es la eficacia de las estrategias discursivas que apuntan a proponer modos adecuados, socialmente aceptados de construir y de decir la propia subjetividad a partir de tres atributos: mujer, joven y cristiana. Dicho de otro modo, *El diario de Ana María* moldea y modela un modo de ser y un modo de inscribir y escribir esa subjetividad en el espacio del diario íntimo. Las reglas de esa escritura están previstas por el género que es, sin duda, inmemorial; pero las reglas del deber ser (joven, mujer y cristiana) están dictadas por ese texto que, respecto de los cuadernos de María Adela, se comporta como un pretexto.

En este sentido, *El diario de Ana María* sugería prácticas discursivas y no discursivas que Adela hizo suyas y de las que da cuenta la escritura de sus cuadernos tempranos y tardíos. Entre las no discursivas vale la pena mencionar el tipo de vínculo que María Adela entabla con los adultos, por un lado (madre y maestras) y con sus pares (amigas y compañeras), por otro y que parecen, ambos, aprendidos del texto de Quoist: mientras la relación con los adultos está atravesada por el desafío a la autoridad que ellos ejercen, la relación con sus pares mujeres está dominada, en ocasiones, por las rencillas y los celos: “Estoy indignada con Gloria y con Graciela, pero sobre todo con Gloria porque, ella muy íntima, pero veo que hace todo por desunirnos...” (APMARLL, D1,p.20), anota Adela casi remedando la cólera de Ana María: “Este mediodía he reñido con Paquita. No quiso acompañarme hasta casa porque le había pedido Irene que se fuera con ella. Le dije que no era más que una traidora” (Quoist, 1962,p.22). Por lo demás, la ausencia del padre en el diario de María Adela es dicha con la intensidad con que Ana María lamenta la ausencia de su amiga María Rosa.

Entre las prácticas discursivas, cabe contar el uso de la segunda persona del singular: a diferencia de María Adela, Ana María no se dirige a su diario ni a su enamorado; escribe en tercera persona, pero aquí y allá apela a su oso de peluche o a alguna de sus amigas con frases imperativas que procuran quebrar la soledad que el género demanda y al mismo tiempo conjura: “Me voy a acostar. Vente conmigo mi querido Kikí. Y tú María Rosa, escíbeme” (Quoist, 1963,p.21). Vale la pena mencionar también que el coleccionismo que el género admite<sup>7</sup>, se verifica en el diario de Ana María –“Las cartas de María Rosa las iré pegando en mi cuaderno. Así podré leerlas más a menudo” (Quoist, 1963,p.23)–, pero también en el de María Adela: “Ahora voy a pegar una serie de telegramas que me mandaron en la quermese [sic] de las monjas

teresas [sic] un montón de chicos. Parece mentira, pero ni les sé los nombres” (APMARLL, D1,p.100). Y a los telegramas le siguen, los recortes de revista de los actores de cine admirados, los dibujos del pato Donald, las caricaturas en birome, las cartas manuscritas y mecanografiadas, las saluciones de cumpleaños también vía telegramas y un señalador con la reproducción de una pintura de Van Gogh.

### **Leery amar: un archivo literario para la experiencia amorosa**

Ahora bien, el coleccionismo que ensaya María Adela va más allá de telegramas, tarjetas de salutación, dibujos propios, cartas ajenas y recortes de revistas. Conforme ella va creciendo y abandonando el registro de sus experiencias personales y cotidianas, los cuadernos de diario se convierten en cuadernos de transcripciones, entre ellas, una muy extensa de *El diario de Ana María* que viene a confirmar la hipótesis que he sugerido en el apartado anterior según la cual el texto de Michel Quoist habría funcionado como pre-texto de la escritura de Adela. Fuera de ese fragmento consagrado a explicar –con las necesarias elipsis– los genitales femeninos y la reproducción humana<sup>8</sup>, los que abundan a partir de la segunda mitad del primer cuaderno son frases, canciones, reflexiones (acaso extraídas de libros de formación cristiana), pero sobre todo poemas. Al cabo de un año y medio de escritura más o menos ininterrumpida, el 22 de octubre de 1961, apunta: “voy a escribir unos versitos que le he encontrado a mamá” y enseguida transcribe un poema de Amado Nervo debajo del cual anota con adolescente desdén: “cachuyú no tiene tan mal gusto” (APMARLL, D1,p.124). La hija hurga en los papeles de la madre donde encuentra una literatura y un modo de apropiarse de ella: la transcripción. Copia de la madre los primeros poemas pero, sobre todo, copia la práctica de copiar. El gesto tiene un valor inaugural: a partir de ese momento, la crónica minuciosa de lo cotidiano se relaja y el cuaderno pasa a ser registro de lecturas y (ahora) archivo literario: las páginas se llenan de textos ajenos que María Adela hace propios por el ejercicio de manuscibir y, en ocasiones, de hurtar el nombre del autor o la autora. La apropiación –el acto de posesión al que alude Molloy en sus memorias sobre la lectura– demanda, aquí, un trabajo físico y una elisión.

Pero, ¿cuáles son los textos del archivo que María Adela construye y decide alojar en ese que debía ser su diario íntimo? Los que abundan son textos de la literatura española a los que muy probablemente accedería, no ya en la casa husmeando entre las cosas de la madre, sino en la escuela husmeando en los

manuales de clase y, acaso, también, en la biblioteca. Allí están: las transitadas rimas de Bécquer, las estrofas de Lope de Vega, el Arcipreste de Hita, Espronceda, Campoamor, Gutierre de Cetrina, Garcilaso de la Vega y Manuel José Quintana. A esa constelación de poetas españoles de todos los tiempos hay que agregar los nombres de los americanos más y menos recientes: Amado Nervo, Rubén Darío, Juana de Ibarbourou y Pablo Neruda, entre ellos. Del clasicismo al romanticismo y del barroco al modernismo, María Adela cubre un espectro amplio de la poesía en español –y a veces también de la poesía en francés de Verlaine y Claudel– que se demora en el tema amoroso. Incluso cuando los textos no son líricos –algunos fragmentos de *María*, de Jorge Isaacs–, el discurso amoroso es el que domina. “Desmayarse, atreverse, estar furioso/ áspero, tierno, liberal esquivo/ alentado, mortal, difunto, vivo/ leal, traidor, cobarde y animoso”, escribe María Adela con letra apretada y vocación científica (“no sé si esto será amor”, se ha preguntado unas páginas antes) o de Pierre Menard enloquecido (APMARLL, D1,p.167).

Pero entre los poemas que ella elige, los que abundan son aquellos que dicen, no las vagas definiciones del amor, sino la ausencia del ser amado. Entonces copia las estrofas de “Gracia plena” de Nervo: “¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía/ ¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!/ eran llenas de gracia como el Avemaría/ y a la Fuente de gracia de donde procedía/ ¡volvió como gota que se vuelve a la mar!” (APMARLL, D1,p.250) y otros de Belisario Roldán: “Nos dimos el adiós de un modo triste/ tú bajaste los ojos, yo la frente/ hubo un silencio largo, gravemente/ sonrieron tus labios, y partiste...” (APMARLL, D1,p.235). Incluso cuando Adela abandona la poesía, el tema de sus elecciones literarias es el mismo. El fragmento de *María*, la novela de Jorge Isaacs que tanto parece conmovedora, da cuenta de esta recurrencia: “Allí estaban las flores recogidas por ella para mí. Las ajé con mis besos, quise aspirar de una vez todos sus aromas buscando en ellos los de los vestidos de María” (APMARLL, D1,p.150).

Trabajosamente –porque los textos son muchos, porque son extensos– María Adela transcribe/inscribe sus lecturas en el papel, se apropia de ellas, las fija allí como el recordatorio que adherimos con un imán a la heladera (irrumpiendo/interrumpiendo lo cotidiano), las anota para no olvidarlas, para asirlas, para hacerlas... suyas.

En este sentido, lo que me interesa no es tanto reconstruir la biblioteca de María Adela (que es acaso la biblioteca impuesta a las jovencitas de los sesenta), sino subrayar su carácter performativo. Estos textos que dicen la ausencia del ser amado

modelan y modelizan la experiencia amorosa de la propia Adela (que es acaso, también ella, la experiencia amorosa impuesta a las jovencitas de los 60). De esa literatura amorosa, María Adela aprende no solamente un modo de decir que puede advertirse en la prosa del diario y en algunos poemas de su autoría en él incluidos, sino también, y muy especialmente, un modo de sentir, un modo de experimentar el amor y aquellos estados pasionales que gravitan en torno a él: a la ausencia del ser amado, ya sea por abandono o por muerte, hay que sumar: la melancolía que de ella se sigue, la nostalgia del amor ya remoto y perdido y el dolor lacerante del amor no correspondido. Todos ellos son recurrentes –se diría que trazan una isotopía– en una selección de textos heterogéneos que no acusan otras similitudes o proximidades más que esa: la de tematizar el amor. María Adela transcribe compulsivamente: las páginas de sus cuadernos se inundan de textos ajenos que ella hace propios por esa doble práctica de leer y copiar.

En este punto hay que decir que la pulsión de transcripción que tuerce el destino primero del diario aflora en el mismo momento en que Adela da inicio a la relación amorosa con quien será el padre de sus hijos y su compañero de militancia. Ciertamente, no es este su primer noviazgo, pero sí va a ser el más prolongado, el que acabe en matrimonio y maternidad; es además el que María Adela dice/inscribe empleando para ello las formas o, para decirlo con un término ya antiguo, los motivos de la literatura que lee. En particular el motivo de la ausencia que si está presente (valga el oxímoron) en casi todos los poemas que ella transcribe, también lo está en el relato que, por escrito, hace de su propia experiencia amorosa. En este punto se me permitirá recordar la hermosa reflexión que acerca de la ausencia ha hecho Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*:

no hay ausencia más que del otro: es el otro quien parte, soy yo quien me quedo. (...) La ausencia amorosa va siempre en un sentido y no puede suponerse sino a partir de quien se queda –y no de quien parte–: yo, siempre presente, no se constituye más que ante *tú* siempre ausente. Suponer la ausencia es de entrada plantear que el lugar del sujeto y el lugar del otro no se pueden permutar; es decir: “Soy menos amado de lo que amo”. (Barthes, 2002,p.54)

O –también podría decirse– no soy amado/a en absoluto. La ausencia adopta, ya en el primer encuentro que Adela tiene con Martínez Agüero (Guillo), la forma del

amor no correspondido:

Guillo, mi querido amigo, aunque no te importe yo nada, aunque hayas salido conmigo solo porque te resulto como *partenaire*, te lo agradezco. Me ayudaste, aunque no lo sepas, a salvar una crisis. (...) A tu lado me siento plena, protegida y comprendida. Gracias Guillo. No sé si esto será amor y si convendría que lo sea. (APMALLR, D1,p.160)

El diario íntimo devenido archivo literario es ahora también epistolario: el *tú* ya no es el confidente de papel sino ese otro, siempre ausente, o esa ausencia del otro en torno a la cual gravita y se construye el deseo. “Dirijo sin cesar al ausente –ha dicho Barthes– el discurso de su ausencia; situación en suma inaudita: el otro está ausente como referente, presente como alocutor” (Barthes, 2002,p.57)<sup>9</sup>.

Incluso cuando las manifestaciones amorosas de su pareja son explícitas (hay cartas de Guillo que se conservaron adentro de los cuadernos; por ejemplo, una fechada en enero de 1965 y que termina así: “es algo bárbaro lo que siento mi querida, mi amor, mi María, mi Ñaqui, mi gorda, mi negra, amor amor amor amor”), incluso cuando el afecto parece ser recíproco, María Adela elige el lugar –femenino, dice Barthes (2002,p.57)– de la que espera. La noche del 21 de diciembre de 1966, permanece despierta y escribe con algo parecido a la urgencia:

¿Guillo...? ¿Qué pasa...? Son las once y media y no me has hablado. (...) ¿Me hablarás? Es necesario que me llames. ¡Si supiera al menos que te darás cuenta de ello...!

En realidad no sabía qué hacer hasta ahora; leer... dibujar... dormir... o rezar. (...) me decidí a conversar con vos, mi amor; y necesito seguir escribiendo. Creo que voy a instalarme al lado del teléfono... (...) ¡Che, una menos cuatro minutos! Voy a comer algo y vuelvo. Por favor, no elijas este momento, sería la catástrofe. (...) Me traje todos los ingredientes a la pieza para no demorarme lejos del teléfono que está tan repelente... negro y mudo... me está exasperando. (APMARLL, D3, carta suelta)

“¿Estoy enamorado?”, se pregunta Barthes, “sí, porque espero” (Barthes, 2002,p.125). ¿Qué espera María Adela esa noche? ¿Dónde está el amado ausente? El amado ausente está en la Facultad de Medicina rindiendo examen. María Adela espera un llamado que acorte la distancia que la separa de él, pero también que le

confirme que ha aprobado. Lo cotidiano se ha vuelto por fin “acontecimiento sublime” gracias al amor, o mejor, gracias a las formas de decir lo amoroso que han sido aprendidas de la literatura que ella lee. De esa literatura, María Adela copia no solo el sentimiento angustioso de la espera amorosa, sino las formas del afecto y hasta las fantasías de lo prohibido. En la misma carta, le dice a su enamorado:

Bueno, si te aplazan, con todo el dolor de mi alma (...) después de haber silenciado este papel en muy pequeños pedacitos, cerrarías tus verdes ojos y un beso haría que sintiéramos menos el aplazo y más cómo nos queremos. (...) no te prometo resistir a la tentación de compartir tu asiento bajo las estrellas. Sería una lástima tener que forzar de nuevo la puerta de calle, y a estas horas... hum... creo que mi madre se envenenaría.

En otros pasajes, Adela registra la tristeza del amor no correspondido (aunque el suyo no lo es) o la persistencia del amor que no pudo ser (pero que mientras tanto va siendo). Registra, además, la demanda de cierta intensidad que a veces la abandona (“Quiero volver a mis tiempos de enamorada... platónica quise decir porque enamorada soy, y me cuesta. No puedo ya escribir de Guillo”) y que parece ser legitimante del sentimiento amoroso. ¿En qué otro sitio ha aprendido la tristeza del desamor y la intensidad del deseo si no es en la literatura? En la misma página donde ha hecho esta anotación que acabo de transcribir, María Adela atesora, sin pegarlo en su cuaderno, un largo poema de Joaquín Castellano que se titula “El borracho” y que ella ha arrancado del *Parnaso argentino*. Entre los versos que señala con una enorme llave, están estos: “¡Dadme el ardor de las pasiones locas/ Dadme un edén de tropicales flores; quiero aturdirme en frenesí de amores/ Y en un salvaje vértigo gozar!” (APMARLL, D3, s/n). En la última página del último cuaderno, fechada el 30 de julio de 1970, María Adela se dirige otra vez a Guillo:

¿Te acordás del día en que me hacías repetir en francés “soy una mujer feliz”, “soy una mujer feliz”... Hoy le pregunté a mi compañera de estudios cómo lo diría, pero no supo la traducción de esa palabra... “feliz”... y yo tampoco. Me conformé del contratiempo sacando el barrilete que trajiste un día de la calle y apretándolo fuerte. (APMARLL, D4, s/n).

María Adela aprieta un barrilete como el personaje de Jorge Isaacs apretaba unas flores. Y, como el yo poético de Amado Nervo, Belisario Roldán y Bécquer, se

siente amenazada por el olvido, el abandono y, en fin, el desamor: “Guillermito, te quiero, te adoro y creo que si presintiera siquiera tu falta de cariño me moriría. Estudiá mucho peladito. Yo rezo”, escribe en la última hoja del primer cuaderno, fechada el 27 de julio de 1964.

### “Yo rezo”: el otro archivo

En reiteradas ocasiones –especialmente en el segundo cuaderno–, la poesía amorosa que Adela transcribe cede espacio a fragmentos que, con toda probabilidad, ella extrae ya no de *El diario de Ana María*, sino de ciertos manuales que como el libro de Quoiest estaban destinados a la educación de las señoritas y, en particular, a la preparación para el noviazgo y el matrimonio con arreglo a las demandas de la moral cristiana de la época. De un tal Javier A. González, Adela copia afirmaciones que tienen la fuerza sentenciosa de un aforismo: “fundar un hogar no es seguir los instintos de un amor apasionado sino usar del poder divino que de Dios hemos recibido para prolongar nuestra vida en la tierra a través de los hijos” (APMARLL, D2,p.16); “Tu novio te ama con verdadero amor si su amor es respetuoso: amar es del alma, codiciar es del cuerpo” (APMARLL, D2,p.36). De un tal padre Amadeo, copia: “Cuando el noviazgo les ha servido a dos solo para llegar menos puros al matrimonio, ha sido algo negativo y por consecuencia así será el matrimonio” (APMARLL, D2,p.42). Y también: “No solo se puede ser impuro en el sentido corporal: una mujer que conserva su integridad física, puede haber sido agitada por violentas pasiones, provocadas por esas situaciones prematuras; su corazón ya no es puro” (APMARLL, D2,p.44).

Acaso con estas lecturas *in mente*, María Adela, que sabe de vivir lo que (se) lee, retoma el género epistolar y el 15 de octubre de 1964 le escribe a su enamorado: “Quiero que te des cuenta que tus besos (...) me encantan, que me siento mujer y adorada por vos, pero que no pueden ser. Es demasiada intensidad” (APMARLL, D2,p.44). Dos páginas más adelante, reza: “Jesús, esto es lo que te pido: que en nuestro noviazgo, Guillo y yo seamos cada día mejores en todo sentido para llegar al matrimonio con grandes valores positivos” (APMARLL, D2,p.46). El motivo de la ausencia del otro deviene en estas lecturas (también otras), prescindencia y prohibición del cuerpo del otro. Lo que amenaza el amor (puro) no es ya la ausencia, sino una proximidad excesiva.

Ahora bien, ¿cómo se resuelve esa tensión entre lo que parece desatar el deseo (la ausencia que dice la poesía amorosa) y eso que demanda sujetarlo (la

proximidad que condena la prosa de los manuales didáctico-moralizantes)? Acaso esa tensión se resuelve –se disuelve, incluso– cada vez que María Adela renuncia a transcribir y ensaya, ella misma, la escritura poética: “Amor, qué palabra tan suave, tan pura, tan roja y tan blanca, apasionada, ardiente. Amor, qué palabra mojada de llanto”, escribe en su primer cuaderno de diario (APMARLL, D1,p.193). Y también: “Eres libre para andar por el borde del camino/ eres libre para cantar de madrugada/ eres libre para vivir sin preocupación por la mañana/ eres libre!” (APMARLL, D1,p.189). En estos breves ensayos de poesía, María Adela hace gasto de la enumeración y la repetición anafórica que son formas de lo hiperbólico. La hipérbole invade, en realidad, la escritura de todo el diario. En efecto, aquí y allá, María Adela incurre en las formas del exceso: “para mí, Guillo, no serás nunca un gran médico ni un gran hombre; tan solo un gran monstruo de amor”, anota el 26 de julio de 1966. La hipérbole es figura retórica que se impone a su escritura, pero también a un modo de experimentar el deseo, de construir lo amoroso que ella ha aprendido en la literatura.

El pacto de lectura que le exigían *El diario de Ana María* y la profusa bibliografía de formación cristiana en la que aquí no puedo detenerme más –a los textos mencionados muy al pasar en este apartado hay que añadir, por ejemplo, los libros del padre Fulton Sheen<sup>10</sup>–, María Adela lo emplea para leer también los textos literarios. Y si del uso de ese pacto a la hora de leer literatura didáctico-moralizante resulta la educación moral del lector, de su uso a la hora de leer literatura ficcional, resulta cierto bovarismo: la vida se vive como una novela, como un poema amoroso. A la manera de Jean Ranson, María Adela pone en práctica eso que ha leído y, muchos años más tarde, todavía conmovida por los poemas de Neruda, elige llamar a su hija “María Celeste”, por darle el nombre de un mascarón de proa de los que el poeta había reunido en su casa de Isla Negra. En este punto, la pregunta que se impone atañe no ya a la vigencia de un modo de leer que elude el pacto ficcional. Creo que, tratándose de María Adela, las preguntas que hay que hacerse son dos: la primera es hasta qué punto estas lecturas, pero sobre todo este modo de leer que desdibuja las fronteras entre literatura y vida, no fue el que ensayó toda una generación. La segunda es, en qué medida, ese modo de leer impactó en (o decidió) la trayectoria militante de muchos miembros de esa generación y la experiencia que de ella tuvieron: ¿acaso no fue la experiencia de la militancia también ella una experiencia deseante y tan intensa como la experiencia amorosa? ¿No habrá sido una experiencia aprendida en los libros?<sup>11</sup> María Adela nos ha privado de la notación de esa otra experiencia: el diario

se interrumpe cuando su militancia comienza y nos deja el beneficio de la conjetura y la tarea de seguir indagando acaso en otros textos, incluidos otros archivos personales semejantes al suyo.

## Bibliografía

- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bossí, F. (2008). Archivos personales como soporte de memoria. Los papeles de Adelina, Madre de Plaza de Mayo. En G., Goldchluk (Coord.) *Palabras de archivo*. Santa Fe: Ediciones UNL y CRLA. pp. 149 – 161.
- Campos, E. (2016). *Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa.
- Darnton, R. (1984). Los lectores le responden a Rousseau. La creación de la sensibilidad romántica. En *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México, FCE. Págs. 216-267.
- de Olmos, C., García, N. (2017). Antes de la militancia: los diarios de María Adela Reyna Lloveras, desaparecida durante la última dictadura militar. Ponencia presentada II Jornadas/ Primer Congreso Internacional *Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDinCi-UNSAM). Inédita.
- Garayalde, N. (2019). Escenas de lectura. La lectura como interrupción. *Káñina*. Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica. Vol. 4, Nro. 2. Mayo-Agosto. pp. 1-18.
- Iparraguirre, S. (2018). *La vida invisible*. Buenos Aires: Ampersand.
- Lacabe, M. (2008). Importantes declaraciones de Eduardo Tucu Constanzo. En *Proyecto desaparecidos: notas*. Recuperado de <http://desaparecidos.org/notas/2008/01/arg-importantes-revelaciones-d.html>.
- Link, D. (2017). *La lectura: una vida*. Buenos Aires: Ampersand.
- Molloy, S. (2017). *Citas de lectura*. Buenos Aires: Ampersand.
- Monteleone, J. (2018). *El centro de la tierra. (Lectura e infancia)*. Buenos Aires: Ampersand.
- Pauls, A. (2018). *Trance*. Buenos Aires: Ampersand.
- Quoist, M. (1979). *Dar: El diario de Ana María*. Barcelona: Herder. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/108916942/Quoist-Michel-Dar-Diario-de-Ana-Maria>.
- Romano, S. (Ed.) (2016). *Colectivos y parcialidades políticas y sociales. Los desaparecidos y asesinados de Córdoba en los 70*. Córdoba: FFyH.
- Rousseau, J.-J. (1836). *La nueva Heloísa*. Barcelona: Imprenta y Librería de Oliva.
- Tessa, S. (3 de diciembre de 2016). Recuerdos de la madre que hizo falta. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/6601-recuerdos-de-la-madre-que-hizo-falta>.
- Tessa, S. (10 de diciembre de 2009). Eduardo Costanzo, el guía del horror. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-136742-2009-12-10.html>

---

<sup>1</sup> El libro forma parte de la Colección Lector&s de editorial Ampersand que, bajo la dirección de Graciela Batticuore, viene publicando con regularidad y a ritmo sostenido las biografías lectoras de escritores y escritoras argentinos ampliamente reconocidos. Hasta el momento, han

---

aparecido: *La lectura: una vida* (2017), de Daniel Link; *Citas de lectura*, de Sylvia Molloy (2017); *Fantasma del saber* (2017), de Noé Jitrik; *Excesos lectores* (2017) de José Emilio Burucúa; *La vida invisible* (2018), de Sylvia Iparraguirre; *Trance* (2018), de Alan Pauls y *El centro de la tierra* (2018), de Jorge Monteleone.

<sup>2</sup> Leyendo no solo las cartas de Ranson con su amigo editor, sino también la que los lectores de Rousseau le dirigieron al filósofo, Darnton da cuenta: 1) de hasta qué punto esta fascinación es una fascinación de época y 2) de hasta qué punto el deseo de los lectores de entrar en contacto con el autor es un fenómeno absolutamente nuevo para la época.

<sup>3</sup> Los detenidos asesinados esa noche de marzo de 1978 fueron: Eduardo Toniolli, Fernando Dusex, Carlos Laluf, Marta María Benassi, Jorge Novillo, Stella Hillbrand de Del Rosso, Miguel Angel Tossetti, Oscar Daniel Capella, Ana María Gurmendi, Pedro Retamar, María Adela Reyna Lloveras, Liliana Nahs de Bruzzone, Teresa Soria de Sklate y Marta María Forestello. Según testimonio de Eduardo Costanzo, María fue la primera en ser asesinada: “Trajeron un whisky que estaba fulero, y la única que tomó fue María’, recordó nuevamente. María se descompuso y la llevaron a una habitación, donde la asesinaron. Fue la primera que murió esa noche” (Tessa, 2009). Entre los cuerpos arrojados a Sanborombón estaría también el de Raquel Negro que había dado a luz a los mellizos hijos de Tulio Valenzuela.

<sup>4</sup> La notación que se usa de aquí en adelante, significa: Archivo Personal María Adela Reyna Lloveras, Diario 1, número de página.

<sup>5</sup> El diario de María Adela Reyna está conformado por cuatro cuadernos actualmente en poder de su hija María Celeste Martínez Reyna, que me ha permitido consultarlos para esta y otras investigaciones. La notación corresponde a las iniciales del archivo (AP: Archivo personal) y de la autora (María Adela Reyna Lloveras: APMARLL). Siguen a continuación el número de cuaderno o diario (D1) y el número de página.

<sup>6</sup> Antes de este, Michel Quoist había publicado *Amar: el diario de Daniel* (1960) que también fue un *best-seller* traducido a varios idiomas.

<sup>7</sup> A propósito del coleccionismo propio del diario íntimo, ha señalado Leonor Arfuch: “todo puede encontrar lugar en sus páginas: cuentas, boletas, fotografías, recortes, un universo entero de anclajes fetichísticos” (Arfuch, 2007, p.110).

<sup>8</sup> “El paso de este germen [el espermatozoide] al cuerpo de la mujer se hace mediante los órganos genitales y con ocasión [sic] de aquellos gestos de amor que Dios ha previsto únicamente para los esposos. El órgano paterno se une al materno y la simiente del hombre pasa a la mujer...”, copia Adela (APMARLL, D1, p.188).

<sup>9</sup> Barthes dice también que la primera, dolorosa ausencia, es la de la madre. En el caso de María Adela, esa ausencia lo es del padre, fallecido cuando ella tenía cuatro años. La figura del enamorado y la del padre se solapan de a ratos: “me sigo preguntando ¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío, tuve que quererlo, así, en esta forma, tan pronto? ¿Por qué me desespero, por qué me muero, por qué quiero estar tan junto a él, tan pegada, tan suya y sentirlo tan mío?”, dice de su enamorado. Y, enseguida agrega: “¿Por qué no fue mi padre? Me hubiera gustado tanto llegar a casa y encontrar a mi padre, sentir solo su cariño, sus retos, pero ser solo eso: su hija, la hija chiquita de un papá muy bueno, muy bueno así como es Guillo...” (APMARLL, C1, pp. 78-79).

<sup>10</sup> Que esa bibliografía intenta disciplinar los sentimientos o estados pasionales que la literatura amorosa que María Adela lee, tematiza, es asunto que se registra también en los diarios. En reiteradas ocasiones –especialmente en el segundo cuaderno–, la poesía amorosa que Adela transcribe cede espacio a fragmentos que, con toda probabilidad, ella extrae de ciertos manuales destinados a la educación de las señoritas y, en particular, a la preparación para el noviazgo y el matrimonio con arreglo a las demandas de la moral cristiana.

<sup>11</sup> Algo semejante es lo que sugiere Esteban Campos al analizar la influencia que *Salidos del ghetto*, un libro publicado por el padre Marcel Cornelis en 1965, ejerció en los futuros militantes de Montoneros (Campos, 2016, p.36).

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2020

Fecha de aceptación: 11 de noviembre de 2020



Licencia Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa):

No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

